

Núm. 49.

430

VIVA FERNANDO VII.

MINERVA PERUANA.

LIMA : MARTES 18 DE JULIO DE 1809.

MUSEO  
MUNICIPAL

*OBSERVACIONES políticas del correo de Inglaterra sobre la conducta y miras ambiciosas de Napoleón.*

Por lo mismo que ignoramos los secretos de los gabinetes, tenemos mas libertad para manifestar nuestro sentir de que es imposible en las actuales circunstancias la paz, y peligrosa toda negociacion. La Inglaterra no puede reconocer paz alguna digna de este nombre, como no sea una paz equitativa, segura, honrosa, é igualmente provechosa á sus aliados; y Bonaparte no quiere tal paz, ni puede quererla, porque su existencia depende esencialmente de la guerra, ó de la completa esclavitud del continente.

Bonaparte tiene en Francia algunos cómplices; pero no puede contar ni con un solo partidario; tiene un ejército considerable, pero no un pueblo; es solamente rey de los soldados, y solo reina por

ellos y para ellos: es generalmente aborrecido y detestado porque su ejército le hace temible; y de consiguiente á solo su ejército debe su existencia.

La Francia está todavía dividida en facciones; de modo que ni aun con la muerte de Bonaparte se terminaría la revolución. La excesiva opresion en que todos se hallan les hace desear un nuevo orden de cosas; pero no por eso es de esperar que todos se convengan en el restablecimiento de la monarquía.

Los cómplices de Bonaparte, que son los generales de sus ejércitos, estan bien convencidos de esta verdad, y han tenido el mayor interés en hacérsela conocer á su amo. Como cada dia va creciendo el odio contra el tirano, se hace mas necesario cada dia el ejército; y su aumento es tanto mas indispensable, quanto es mas necesario sostener una tiranía de las mas exécrable sobre mayor extension de terreno.

El ejército de un tirano le obedece por solo el prest que de él recibe, y no

tiene mas incentivo para entrar en nuevos combates sino el ánsia del pillage. Poner á este ejército en la precision de arrancar del seno de la Francia su paga, de saquear la Francia para saciar su codicia sería el medio mas peligroso y desesperado que pudiera emplear Bonaparte; porque al cabo, los soldados son franceses, y los franceses son la familia de los soldados. Y de estas mútuas relaciones naturales é indestructibles habria inevitablemente de resultar un sentimiento general de horror al tirano: la primera voz de guerra sería su agonía; y el primer efecto de esta guerra, su muerte.

Bonaparte no ignora su crítica situacion: lleva en su corazon la conciencia de sus crímenes, y en él encierra, para su propio tormento, y para consuelo de los oprimidos, el remordimiento y terror con que el cielo justamente castiga, aun en esta vida, al hombre que se complace en ser un verdadero azote de la humanidad, y cuya muerte y suplicio sería la mayor

dicha que podría apetecer el mundo. Esta tortura habitual, este infierno en que se halla ese monstruo, pone á Bonaparte en la absoluta necesidad de formar y mantener exércitos de cómplices; y á estos cómplices es menester pagarlos, alimentarlos, y enriquecerlos. Á los exércitos debe Bonaparte su existencia; pero en cambio Bonaparte es proveedor de ellos, y de ahí es que les busca nuevas víctimas que despojar y sacrificar. Pero es necesario que estas carnicerías se establezcan fuera de Francia, y que los *franceses de Bonaparte* roben y devoren á los extranjeros, y se enriquezcan á expensas de estos. De lo contrario no podría su tiranía subsistir en Francia ni servirían sus soldados para remachar las cadenas de sus compatriotas, cuyo odio será realmente impotente, miéntras no lo fomente el hambre, y tenga que resistir á exércitos pagados y sostenidos por los extranjeros.

Así que, Bonaparte se halla constituido en una irresistible necesidad de suscitar nuevas guerras hasta el punto que,

reducidos los pueblos á una impotencia real y absoluta, pueda él con un simple edicto sacrificarlos y robarlos todos á su antojo.

Exámínese bien la situacion de Bonaparte, y se verá que, sin dexar él de ser lo que es, baxo ninguna hipótesi puede estar en la mano de los hombres proponerle una paz honrosa á la Inglaterra y sus aliados. Tan solo Dios, que para castigo de nuestros pecados, ha enviado al mundo este azote, así como nos envia los rayos y la peste, podria hacer que su existéncia y nuestra ruina no fuesen incompatibles, y que pudiésemos escapar de los males que nos amenazan, por otro medio que por la guerra y la victoria.

Querer Bonaparte la paz sería lo mismo que desear que le degollasen. Si aparenta querer la paz, es como un medio de hacer la guerra; y todas sus propuestas de negociaciones no son en realidad sino unas emboscadas. Trata á las naciones como á los que aprisiona en el Temple. A estos quiere mas bien darles un veneno, que sa-

carlos al cadahalso, porque lo primero es mas seguro; y no puede menos de recelar de los suplicios públicos. Para esperar de él una paz equitativa y honrosa, sería necesario ser tan estúpidos como malvado él: y es quanto hay que decir.

Estos eternos declamadores de las ventajas de la paz no nos han dicho jamás qué es lo que entienden por paz, ni los medios de conseguirla; y es que esos miserables esclavos del tirano no tienen bastante osadía para proponernos una paz infame, ni pueden indicarnos los medios de obtenerla en términos justos y razonables.

¡La paz, la paz! Gran Dios, ¿qué se nos querrá decir con esto? El Bey de Argel mantiene la paz en su chusma, encadenando, apaleando, y encerrando á sus esclavos. Es esa la paz de que nos habláis, y que apetecéis? Pues id á Francia en donde la hallaréis bien establecida, y allí podréis gozar de todas las ventajas.

Si queremos una paz honrosa, es indispensable ganarla por medio de la guerra;

porque Bonaparte no es tan estúpido que pueda prestarse á proponerla. La paz que él quiere no ha de alterar, ni en un punto, su plan de esclavizar toda la Europa para poder pagar sus ejercicios, y saciar la codicia de sus cómplices. La paz que él quiere no es otra cosa que lo que llamamos un respiro. En suma nos viene á decir: ¿quereis descansar algunas horas? ¡Bien! „buena hora, con tal que me dexéis entretanto devorar tranquilamente tales y tales pueblos. „Envilecéos y desarmáos, que ya volveré yo „sobre vosotros, y os dexaré por lo ménos la „elección del suplicio.“

¡He ahí la paz que Bonaparte desea; y no puede apetecer otra. El ha hecho lo que ninguno de sus enemigos ha sabido hacer: ha examinado su situacion: ha vencido á los reyes, y no les teme porque cuenta con el apoyo del emperador de Rusia. Ya recibirá este el premio quando llegue el tiempo. Despues de valerse de su auxilio para encadenar la Europa, procurará sacrificarle para aparentar que de algun modo la constrela.

Pero si no teme á los reyes, teme á los pueblos, porque no ha tenido todavia tiempo de amoldarlos á su antojo. La nacion española le ha hecho ver lo que es una nacion sin mas apoyo que el de Dios y su valor; y si Bonaparte no logra degradar y envilecer los españoles, y no hace á la España sepulcro de todos sus habitantes, es hombre perdido.

Quiere aniquilar el Austria, porque no puede conseguir que se sosiegue. El emperador Francisco y toda su familia estan en el corazon de Bonaparte sentenciados á muerte, porque los teme. En los húngaros divisa este tirano otros vengadores de la Europa.

Si por medio de la paz pudiera él desar-  
mar la Inglaterra, envilecer la España, y libre  
de estos embarazos, reunirse á su aliado para  
destruir el Austria y la Suecia; quedarian por  
ahora satisfechos sus deseos.

Es verdad que, despues de conquistada,  
encadenada, y asolada la Alemania, y de estar  
destronada toda la casa de Austria; la Rúsia,  
omnipotente ahora para cooperar, no podrá obo-  
ner la resistencia necesaria para sostener su pro-  
pia existencia. Entónces habrá llegado el dia de  
la venganza.

Quando Bonaparte proponga una paz hon-  
rosa para la Inglaterra, para esa potencia que es  
su tormento, y el objeto de su terror; estemos  
ciertos de que la mano de Dios ha descargado  
sobre este monstruo, y de que ha sido vencido.

*Gazeta del gobierno de Sevilla del viernes 20 de enero de 1809.*

#### NOTA DEL EDITOR.

¿Qué responderán á este discurso los admiradores de Bonaparte? ¿Pensarán acaso seguir á la parte de los despojos de este gran ladrón? ¿Querrán entrar en la carrera de sus cómicos honores? Anímense pues que ya Morla, según dicen es mariscal de Francia, y secretario íntimo de Nor Pepe.

**EL EDITOR.** Mañana publicaremos un suplemento á este número.